

Avión monoplaza

Se siente muy solo en su avión monoplaza. Siente un poquito de claustrofobia, encerrado en tan poco hueco y con un traje tan aparatoso, a pesar de haber vivido un despegue como ese cientos de veces más. No se siente tan seguro como otras veces, es como si supiera de adelanto que la misión que hoy le espera no se parece a ninguna de las anteriores.

Por la radio le dan órdenes de despegar, a él y a todos los otros pilotos que hoy le acompañan, encerrados en sus propios cazas. Y... ¡Shuuuuup! ¡Directo al cielo! El vértigo y la velocidad hacen que el estómago le suba y le baje rápidamente, una emocionante sensación, bastante extraña, que solo se podría describir con una palabra: adrenalina.

El cielo está completamente encapotado, gris. Se acerca una gran tormenta, de esas de rayos y truenos, de esas que te ponen el corazón a mil por hora. Los pilotos sobrepasan las nubes un poquito, hasta llegar a un claro, para poder ver algo durante el ataque.

“¡Formación en V!”, exclama nuestro protagonista a través de su pinganillo. Y de pronto todos los aviones se colocan de dicha manera, como si fueran una pequeña bandada de pajarillos de vuelta a casa. Claro que, la mayoría quizá nunca vuelva a casa. Y ese miedo latente les pone a todos los pilotos los pelos de punta, aunque ninguno se atreva a reconocerlo.

Él está a la cabeza de la formación y los guía a través de las nubes de tormenta:

¡Shuuuuup! ¡Hacia arriba! ¡Shuuuuup! ¡Hacia la derecha! ¡Shuuuuup! ¡Hacia abajo! ¡La maniobra de la ‘gaviota borracha’! ¡Ahora un giro de tirabuzón! ¡Shuuuuup! ¡Tres ‘loops’ hacia delante y uno hacia atrás! ¡La maniobra de no sé qué, la maniobra de no sé cuántos...!

Después de un vuelo tan movidito, a la par que emocionante, vuelven a sobrepasar las nubes de tormenta y se encuentran con un cielo de atardecer naranja, claro y bello, sin una nubecilla rompiendo esa armonía dorada. Sobre ellos, el sol desapareciendo y ese cielo tan perfecto. Bajo ellos, las nubes lo cubren todo como si fueran una homogénea capa de nieve blanquecina. Si no supieran que se trata de nubes, pensarían que están volando sobre el mismísimo polo norte.

A través de su pinganillo, escucha el grito de terror de uno de sus aviadores, de uno de sus leales soldados: “¡Allí!” No lo ve, así que no sabe a dónde está señalando. Pero en seguida él y el resto de pilotos también divisan al enemigo.

Alguno suelta una maldición del tipo: “me cago en...”. Todos sabían a qué se iban a enfrentar, pero ninguno era capaz de imaginarlo así.

“¡Disparad!”, da la orden nuestro protagonista. Y entonces todos sus compañeros y compañeras se ponen manos a la obra: tienen que hacer lo que sea para impedir que ese enorme dragón destruya ciudades y acabe con la vida de miles de personas.

El animal es inmenso. Está sentado sobre una ciudad cercana (su trasero cubre toda la ciudad), y, a pesar de no estar de pie, la mitad de su cuerpo está por encima de la capa de nubes grises. Debe medir el doble o el triple que el rascacielos más grande del mundo. Tiene unos bracitos muy cortos, de T.rex, pero lo contrarresta con una gigantesca cola de reptil que parece tener vida propia. Sus patas traseras, aunque los pilotos no puedan verlas, son muy musculosas y fuertes, preparadas para correr rápidamente largas distancias; también parecen proceder de algún antepasado dinosaurio.

Su cuerpo está recubierto de escamas de serpiente, pero a gran escala. Cada escama es del tamaño de un barco de crucero. Al principio las escamas son rojas, de un rojo

escarlata muy llamativo, pero luego comienzan a cambiar de color: ocre, dorado, verde pistacho, cian, añil, púrpura... Así una y otra vez, en ese orden.

Mueve alocadamente la cabeza hacia los lados, como si supiera que el enemigo se acerca, como si los oliera. Tiene siempre abierta la boca, enseñando sus escalofriantes colmillos de tiburón, lanzando rugidos de león y bolas de fuego del tamaño de ballenas. Por suerte, los modernos aviones son ignífugos.

Los pilotos descargan toda su artillería sobre el monstruo: disparan balas, tiran misiles y lanzan bombas, en vano. Nada consigue herir lo más mínimo al dragón.

“Es imposible” “Nunca lo conseguiremos...” “Vamos a morir” “No podemos seguir”
“Capitán, deberíamos volver...”

Pero el capitán, nuestro querido protagonista, no quiere dejar más cosas a medias. Se ha pasado toda su vida dejando las cosas a medias. Siente que ha dejado tantas cosas sin terminar... Tantas historias sin un fin... Sabe que, por el bien de la humanidad, tiene que ponerle un fin a esta.

“No”, dice de pronto, rompiendo ese incómodo silencio que se ha creado tras las súplicas de sus compañeros, pidiendo una orden de regreso. “No podemos rendirnos, no, no podemos. No podemos tenerle miedo a nada, excepto a la cobardía. Las únicas decisiones de las que verdaderamente nos arrepentimos son aquellas que nunca tomamos. No. No pienso rendirme”

“¡Pero su coraza es indestructible!”, grita el mejor de todos los pilotos: la señorita Kate.

“Ya, pero...” Todo el mundo sabe que las escamas de los dragones son imposibles de romper, son su mejor escudo. Pero el capitán sabe algo que nadie más sabe: “Su coraza es indestructible, pero su corazón no lo es.”

Es pura lógica, los dragones solo tienen escamas en la parte exterior de su cuerpo, su interior es completamente vulnerable a cualquier clase de ataque. Kate comprende al instante sus intenciones.

“¡No puedes hacerlo!”

“Debo hacerlo.”

“¡Morirás!”

“No me importa.”

“No lo hagas... Por favor... Capitán Firestorm...”, le suplica la chica.

“Te quiero”, concluye él. Y, momentos antes de su operación kamikaze, se siente bien porque ha conseguido ponerle fin a una historia de amor tan extraña como aquella. Años atrás hubo algo entre ellos, una especie de romance típico de las películas de Hollywood, pero ya no había nada. Su historia terminaba, pero, antes, quería que ella supiera la verdad, que supiera que después de tanto tiempo aún la quería como la primera vez que la vio.

El dragón sigue teniendo la boca abierta de par en par, rugiendo, gritando, expulsando enormes llamaradas de fuego. El resto de pilotos vuela alrededor del inmenso ser, para distraer su mirada del avioncito del capitán.

Firestorm hace, de nuevo, varias piruetas, quizá por las ganas de sentir adrenalina unas cuantas veces más: tres ‘loops’, vuelo en zigzag y alguna maniobra extraña sin nombre.

Y después se precipita en picado, directo a esa tormenta de fuego que se ha creado, directo a la boca del mortal dragón, dispuesto a destrozarle las tripas con una potente bomba, aunque muriendo en el intento. De pronto, en ese mismo instante...

El niño le arranca bruscamente el tenedor de las manos, sacando al hombre de su ensoñación.

---Deja de hacer el estúpido, papá. Yo sé comerme el brócoli solito, no soy un bebé.

Seguidamente se mete el tenedor en la boca y se come de un rápido bocado el trozo de brócoli, mareado a más no poder después de un viajecito como aquel.

El padre vacila unos instantes antes de levantarse de la silla del salón y dirigirse a la solitaria cocina. Cualquiera diría que no ha sucedido nada, pues la vida de ambos no cambia, pero hay algo distinto en la mirada del padre. La ilusión se ha desvanecido, la felicidad que ansiaba resurgir de las cenizas, cual Fénix, ha desaparecido para siempre.

El padre se siente muy solo en su avión monoplaza, se siente muy vacío porque se ha dado cuenta de que cuando se es pequeño solo se desea crecer, y cuando por fin te haces grande solo deseas volver a ser pequeño.

Y el pequeño adulto que habita dentro del niño ha matado al pequeño niño que habita dentro del adulto.

seudónimo: Capitán Firestorm

10/02/1999 16 Años